

El papel narrativo de los iconos en la literatura de teorías conspirativas

José Eugenio Borao Mateo

Universidad Nacional de Taiwan

En los inicios del presente siglo la literatura relacionada con teorías conspirativas ha tenido una nueva eclosión motivada posiblemente por el cambio de milenio y por los grandes e inesperados acontecimientos políticos habidos, de los que la masacre del 11-S ha sido el más convulsivo. Algunos de los intentos de explicar el porqué de la reaparición de dichas teorías ha puesto énfasis en la dificultad de seleccionar información en la que se pueda confiar. Por ello, la teoría de la conspiración se ve como la suma de conjeturas, alegaciones y puebas medianamente fundadas que sirven para explicar que el resultado de importantes acontecimientos pasados (o presentes) fue alterado (o ha sido alterado) en su curso natural por la acción coordinada y oculta de organizaciones secretas que manipularon, cambiaron u ocultaron injustamente elementos políticos, legales o económicos de un país u organización de estados. Es natural, pues, que los críticos se hayan apoderado del término “conspirativo” como herramienta para otorgar inapelable e inmediata ilegitimidad a los argumentos que contraríen sus propias “visiones razonables.”

Ciertamente la mitomanía popular nace de modo natural como una mezcla de seducción por los mundos siniestros y las tramas oscuras que busca explicar los hechos mediante teorías conspirativas. Reaparece con frecuencia, normalmente en periodos de crisis, y los tiempos modernos no están ajenos a ella. Massimo Introvigne ha desarrollado una “teoría del complot” para explicar no sólo algunos acontecimientos de la historia, sino también algunas narraciones literarias con pretensiones históricas. En las construcciones conspirativas, él distingue entre los “micro-complots,” los “macro-complots” y el “complot metafísico” (Introvigne, 2005).

El “micro-complot” buscaría un objetivo específico, a veces de gran importancia, pero siempre limitado en el tiempo y en el espacio, y sin significado universal. Un ejemplo podría ser la Revolución Francesa o la Revolución Rusa, aunque en Literatura se pueden registrar muchos otros ejemplos. En el presente artículo hablaremos de la novela *Conspiración en Filipinas* (2001), ambientada en las Filipinas del siglo XVIII.

La representación y teorización del “macro-complot” es más frecuente en la llamada literatura de conspiración. En ésta hay una clara relación de fuerzas diabólicas que actúan en la historia desde tiempos antiguos, y que sirven para explicar la relación entre diversas

guerras, revoluciones, etc. Esta literatura apareció en la Edad Media, teniendo su cénit en el contexto de la literatura milenarista sobre el Anticristo y su llegada próxima. Siguió durante la Reforma Protestante y llegó hasta las revoluciones francesa y rusa. Muy vinculados al “macro-complot” han estado los masones, a los que se les supondría herederos de los templarios y causantes de muchas de las decisiones de la Revolución Francesa; sin embargo, un estudio reciente de Castellón recuerda una cosa hace tiempo conocida y es que en dicha revolución hubo masones tanto en el bando revolucionario como en el contrarrevolucionario; además, no actuaron con una política común, es decir con mentalidad de partido (Castellón, 2006). Otro ejemplo sería el proveniente del libro secreto *Protocolo de los Sabios de Sión*, en el que se divulga el mito de un complot judío para dominar el mundo, y que tuvo efectos desastrosos en Rusia, Ucrania y Alemania, bien a través de pogroms o de la política de exterminio nazi. De este modo, cuando el “macro-complot” es de largo alcance, el mundo de la conspiración estaría basado, en realidad, en una única trama trans-histórica, que —como dice Svetlana Boym— sería capaz de explicar por sí sola todos los acontecimientos, llegándose a afirmar que la historia moderna sería en realidad el cumplimiento de antiguas profecías (Boym, 1999: 98). La última versión con éxito de esta literatura habría sido *El código Da Vinci*, aunque muy al borde de lo que Introvigne llama el “falso complot.”

Explorando la idea de Introvigne de que una colección de “micro-complots” no puede generar un “macro-complot,” podríamos crear el tipo de los “falsos macro-complots,” modelo que luego aplicaremos a la novela *Conspiración Maine* (2006), localizada en el multi escenario de La Habana, Manila, Madrid y Washington, en los albores de la Guerra Hispano-Americana. Metodológicamente sigue el estilo de *El código Da Vinci*, pero de una manera aún más forzada que en la novela de Dan Brown haciendo la ilusión de “micro-complots” aún más increíble.

Por el contrario, señala Introvigne que sí es posible la existencia de un “meta-complot,” que consistiría en señalar que hay un complot mayor, llamado el “gran complot,” que actuaría para que se piense que hay un “complot inferior” que es el que mueve los hilos de una situación concreta; es decir, estaríamos ante un complot principal que conspira distrayendo la atención con otro complot secundario, creado a tal efecto. En nuestro caso, entendemos también el “meta-complot” como la sospecha de que el poder político, o mediático, conspira contra los investigadores independientes. De hecho, ambos modelos podrían aplicarse al análisis de las teorías de los atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid que tanto circularon durante la primera legislatura de Rodríguez Zapatero.

Por último estaría el “complot metafísico” del que Introvigne dice que escapa a las observaciones de los historiadores, porque se refieren a la lucha entre el bien y el mal, entre Dios y el Demonio, entre la Providencia y la anti-Providencia. Las razones detrás de todo ello están más allá del entendimiento humano. La literatura clásica podría recoger dos tipos de ejemplos, unos de carácter esotérico y otros de carácter teológico: explícito, como en *La divina comedia* de Dante, *El paraíso perdido* de Milton, *Crónicas de Narnia* de C. S Lewis, o implícito, como en *El señor de los anillos* de Tolkien, o en *Matrix*. Será la obra de Tolkien (publicada en 1954, pero llevada al cine en 2001, 2002, 2003), a la que le dedicaremos más atención en este artículo.

A partir de esta clasificación vamos a ver cómo hay determinados objetos que juegan un papel fundamental en la construcción narrativa de la conspiración, como los objetos trans-históricos, o “herramientas de relación” (liason tools), con gran poder de catalización del misterio, y que dan unidad a la narración especialmente cuando hay saltos cualitativos en el orden temporal.

El “micro-complot” de *Conspiración en Filipinas* (2001)

Al hablar de “micro-complots,” podemos referirnos tanto a situaciones sencillas, como la conspiración contra un enemigo personal, o a otras complejas, como la trama de un magnicidio, la caída de un gobierno colonial, etc., pero siempre limitadas en un tiempo breve. Si se trata de una obra literaria, normalmente el título ya lleva incorporada la marca conspiradora y eso aclara su intención, como es el caso de la primera novela que vamos analizar, *Conspiración en Filipinas*, de Manuel Lozano Leyva. Esta novela narra la misión que el agente militar, Álvaro de Soler, comisionado por el Marqués de la Ensenada, va a ejecutar en Filipinas para investigar la veracidad de un informe emitido por el jesuita Murillo Velarde, del 15 de julio de 1751, en el que se recomienda se expulsen a los sangleyes (comerciantes chinos residentes en Filipinas), a los que se les acusa de conspirar a través de la adulteración de la pólvora que utilizan españoles y tagalos (filipinos en el área de Manila), con la intención de preparar un levantamiento, siendo el cabecilla de la conspiración un tal Li Feng. Se trata, pues, de una trama sencilla que se intenta completar con otras historias, inicialmente paralelas, pero que al final convergen. Asunto fácil, pues el marqués de la Ensenada en realidad había enviado a tres espías simultáneamente, para así poder contrastar mejor la información, aunque cada uno de ellos pensaba que era el único agente. Además de Soler, está el chino Cheng Dazhao, cuyos padres habían sido asesinados años atrás por sicarios de Li Feng, y por tanto piensa aprovechar su estancia para vengar dichas muertes. El tercer agente es una aristócrata llamada Beatriz. La novela intenta presentar el ambiente de las Filipinas del siglo XVIII, pues incluye además una rebelión de tagalos, una lucha marítima contra los moros de Joló, e incluso experimentos científicos en la selva. Con respecto a la conspiración tramada por Li Feng, ésta acaba tras la desaparición de dicho cabecilla a resultas del ajuste de cuentas que lleva a cabo Cheng Dazhao.

La pólvora del regimiento como objeto-icón de ilación de la conspiración

En el capítulo 14 se narra cómo Soler empieza a tener fundadas sospechas de que efectivamente la fabricación de la pólvora de Manila tiene elementos irregulares, convirtiéndose este material en el principal “objeto hilvanador” de la trama conspiratoria. En compañía del coronel Castroviejo, Soler decide hacer un experimento científico de cálculo de probabilidades, para comprobar si la pólvora está adulterada o no. En una primera impresión parece que los disparos, aun no teniendo una alta precisión de tiro, eran uniformes; sin embargo, un segundo examen más detallado reveló que “con la pólvora de seis de los ocho barriletes, la probabilidad de hacer diana era de ochenta y seis por cada ciento; con la de dos barriletes, sólo nueve en un ciento, independientemente de que el tiro fuera alto o bajo.” Entonces resultó claro que alguien estaba conspirando. Además el asunto era delicado, pues “quien controla la pólvora, controla la guerra” y la sospecha no podía recaer sino en los maestros artesanos sangleyes, “inventores ancestrales de la pólvora” (pp.

252–255), tal como el padre Murillo había descrito (“versión oficial”). A continuación fueron a ver a Don Facundo, el boticario de Manila para que hiciera un análisis de los dos tipos de barriletes. Inicialmente, nada parecía diferenciar la pólvora de cada uno, pero finalmente, con la ayuda de una especie de microscopio inventado por dicho boticario descubrieron que “esparcidas por doquier se vislumbraban unas minúsculas motas que irradiaban iridiscencias rojizas en la pólvora ineficaz y que en la buena no aparecían por ninguna parte” (p. 256). Este sabotaje parecía mezclarse extrañamente con el hecho de que estaban apareciendo algunos sangleyes muertos con el mismo ritual, la cabeza cortada y con una piedra dentro de la boca. Podría pensarse que era gente conocedora de lo que se estaba tramando, e incómoda por saberlo, y que había que dejarla fuera de la escena. Estos momentos son quizás los únicos en los que la narración busca contentar al público, pues, como señala Pigden, “éste tiene un excesivo concepto teatral de la conspiración. El lector piensa que las teorías conspirativas requieren juramentos, un santo y seña, códigos secretos, propios de toda una exótica parafernalia perteneciente a la provincia de espías y mafiosos” (Pigden, 2006: 40).

La “versión conspiratoria” que Soler, Castroviejo y Don Facundo iban construyendo parecía estar rodeada de muchos cabos por atar. Soler indicó a sus interlocutores, el boticario y el coronel, que, desde un punto de vista militar, en una batalla en la que se quiera invertir el desenlace (previsto inicialmente ventajoso para los españoles) alguien debe conspirar. Por lo que cabría sospechar que algunos sangleyes se habrían infiltrado en las tropas españolas y, convenientemente adiestrados, estarían preparados para manipular rápidamente dichos barriles, con lo que podrían controlar a capricho el desarrollo de la que parecía inevitable guerra entre sangleyes y españoles, apoyados por tagalos leales. Don Facundo por su parte aventuró los objetivos que desde un punto de vista político tendrían dichas acciones: “los sangleyes quieren debilitar a tagalos rebeldes, moros y españoles,” y Soler fue más allá: “Tras esto hace falta una organización (sofisticada) tal, que una comunidad no alcanza (a tener) espontáneamente. Tras esto hay una jerarquía, sin duda férrea, encabezada por alguien inteligente y cruel” (p. 257). Chen Dazhan, que no era ni más ni menos que el ejecutor de las muertes por degüello (vengando así a los autores materiales del asesinato de sus padres), se presentó ante el boticario, Soler y Castroviejo con la fórmula para explicarles cómo distinguir rápidamente la pólvora buena de la adulterada: ésta, si se aproximaba a los ojos, los irritaba, la otra no; información que había logrado obtener de sus víctimas antes de asesinarlas. El autor de la novela daba así con el “descodificador” del objeto del misterio, que abría la puerta al control del desenlace de acontecimientos.

Llegados a este punto es interesante señalar cómo el autor deja la acción conspiradora resumida a un simple sabotaje, quizás con la intención última de adueñarse de las Filipinas. Además, a diferencia de otras novelas o situaciones políticas, en este caso el problema se resuelve de acuerdo con la hipótesis de la “versión oficial,” es decir, de acuerdo con la teoría inicial que había elaborado el P. Murillo, siendo así un caso en el que no hay lugar para técnicas narrativas más sofisticadas, algo propio de las teorías conspirativas de los años setenta. La novela no va más allá del “micro-complot,” aunque podría haberse llevado fácilmente más lejos en el tiempo, pues este intento chino de rebelión no fue el primero ni el último, ya que otros habían tenido lugar en 1603, 1639 y

1642. Otro elemento por el que la novela podría haber ido por el derrotero del “macro-complot” es que la conspiración estaba planteada bajo la dirección de una mafia china; elemento éste que podría suponerse también en las anteriores conspiraciones, facilitando el buscar una conexión común entre todas ellas, por ejemplo, el empeño de hacerse con las Filipinas, que hasta podría retrotraerse a los viajes de Zheng He (ya que sus famosos barcos también pasaron por las Filipinas), e incluso ir más allá indicando que los mapas chinos (en los que de manera muy vaga pueden reconocerse las Filipinas), serían la prueba de un antiguo vasallaje, etc. Así pues, Lozano no desarrolla la posibilidad de hacer algún escarceo trans-histórico, ni siquiera cuando hace que Soler se pregunte por cuestiones de mayor alcance universal, tales como ¿era justa y provechosa la presencia de España en aquellas lejanas islas?, o ¿merecía España poseer tan grandioso imperio si los hombres que podían administrarlo con justicia y rectitud eran despreciados? (p. 285). La inexistencia de todo esto hace, pues, que en esta novela sólo podamos hablar de un “micro-complot” y no de un “macro-complot.”

Un intento de “macro-complot” en *El Código Da Vinci* (2003)

El objetivo principal de esta novela va más allá de urdir una narración atractiva, ya que pretende presentarse creíble al menos en los aspectos más conceptuales, intentado presentar a un “verdadero Jesús,” casado con María Magdalena, que lleve a los lectores a sospechar que la Iglesia ha estado conspirando al ocultar dicha verdad, pues supondría poner en duda el fundamento mismo de su existencia. Como es conocido, el argumento de la novela contado de manera lineal es el siguiente. Jesucristo habría sido nada más que un sabio que se dio cuenta de que a lo largo del tiempo se había perdido la devoción por “el sagrado femenino” e intentó restablecerla a través de la relación con su supuesta esposa, María Magdalena. Jesucristo, no era Dios ni pretendió serlo, pero para recuperar ese rastro del “sagrado femenino” y devolvérselo al mundo fundó una iglesia. Por ello, antes de su muerte se la confió, no a Pedro como siempre se ha creído, sino a María Magdalena. Si esta historia no es la que ha llegado hasta ahora se debe a que, a principios del siglo IV, es decir trescientos años después de la muerte de Jesús, el emperador Constantino, el primero que empezó a proteger a la Iglesia, abolió del cristianismo dicho “sagrado femenino” a la vez que deshumanizó a Jesucristo “decretando que había sido Dios.” Para perdurar sus objetivos, primero manipuló el Concilio de Nicea del año 325, en el que tras una votación reñida, sus ideas patriarcales, autoritarias y antifeministas fueron refrendadas. Acto seguido seleccionó de entre los existentes cuatro evangelios inocuos de Jesús como canónicos, suprimiendo otros que tenían huellas del matrimonio de Jesús y la Magdalena, a la vez que trató de eliminar a los descendientes de Jesús. Tuvo éxito en su primer objetivo, pero no en el segundo, pues algunos de éstos habían huido a Francia e incluso ocuparon siglos después el trono de este país fundando la dinastía de los Merovingios.

Durante la Edad Media y Moderna la historia de estos descendientes se resumiría en un intento de supervivencia frente al complot permanente de la Iglesia para eliminarlos, ya que de revelar su secreto podrían destruir la autoridad de la institución. Ésta maniobró para que los Carolingios expulsaran a los Merovingios. Lo consiguió, pero éstos acabaron formando la sociedad secreta del Priorato de Sión, para proteger tanto a los supervivientes

del linaje de Jesús, como su secreto. Los caballeros Templarios, que habrían tenido alguna relación con el Priorato, también fueron perseguidos y eliminados. Algunos de los grandes literatos y artistas de la historia fueron maestros del Priorato, pero tuvieron que vivir en la clandestinidad. Sólo uno de ellos, Leonardo da Vinci, dejó en sus obras indicios de dicho secreto. La Iglesia siguió con sus persecuciones, pero el linaje de Jesús, el verdadero Santo Grial, siguió permaneciendo en algunas familias, como las portadoras del apellido Plantard o Saint-Clair.

El tercer periodo en el que se sitúa la novela es el de la actualidad. El Priorato ha decidido por fin revelar el secreto al mundo a través de su Gran Maestre, Jacques Saunière, un conservador del Museo del Louvre, experto en “diosas” y en lo “sagrado femenino.” Pero alguien está complotando de nuevo, ya que Saunière aparece asesinado. Sin embargo, Saunière había dejado antes de morir una serie de claves dibujadas en el suelo con su sangre conteniendo algún enigma. En ese momento aparece en el escenario su nieta, Sophie Neveu, una criptóloga que trabaja para la policía de París, pues Saunière le había llamado urgentemente antes de morir para revelar algo importante sobre la familia. El principal sospechoso de la muerte es Robert Langdon, un profesor de simbología religiosa de Harvard que está de viaje en París, y se le convoca en la escena del crimen. Pero Sophie, que cree en la inocencia de Langdon, le ayuda a escapar. A partir de entonces vemos como ésta, gracias a Langdon y al erudito Sir Leigh Teabing, en medio de persecuciones y crímenes, se va instruyendo en el culto a las diosas, que le llevan a descifrar las claves de las pinturas de Leonardo, en particular *La última cena*. Teabing, también, le cuenta por ejemplo que Constantino había creado en el Vaticano una nueva base de poder. En el proceso, al lector se le induce a creer que la responsabilidad última de estos asesinatos recae sobre el Opus Dei, ya que en esos momentos dicha institución se encontraría en situación difícil. Efectivamente, un “papa progresista” quiere romper los vínculos de la Iglesia con el Opus Dei, y eso hace que el Prelado del Opus Dei acepte la oferta de un misterioso Maestre, que le entregaría las pruebas del Priorato de Sión a cambio de una gran suma de dinero. Con dichas pruebas, el Prelado podría chantajear a la Santa Sede. En realidad, dicho Maestre, es un riquísimo profesor inglés, anticatólico, que quiere revelar el secreto al mundo y acusa al Priorato de callar por miedo a la Iglesia. Para ello, un “monje albino del Opus Dei,” es prestado al Maestre, quien lo empuja a cometer los crímenes citados. La historia acaba con el inevitable romance entre Langdon y Sophie, el descubrimiento por parte de Sophie de que su abuelo Saunière era el Gran Maestre del Priorato de Sión, y por tanto ella era la última descendiente de Jesucristo; y que bajo la pirámide de cristal existente a la entrada del Louvre — promovida por el antiguo presidente francés Francois Mitterrand, esoterista y masón— se encontraba la tumba de María Magdalena. Al final de la novela, Langdon vuelve al Louvre y cae respetuosamente de rodillas mientras oye una voz femenina que le transmite la Sabiduría de los Tiempos.

Para cualquier lector culto, el *CDV* claramente no es más que una novela, de la que no cabe esperar veracidad histórica, y esto es precisamente lo que hace que no tenga credibilidad su “macro-complot” —formado de diversos “micro-complots”—, pues con frecuencia recurre a la superficialidad para enlazar episodios históricos independientes. Y esto es evidente desde las primeras páginas a pesar de que el autor señale al principio que “todas descripciones de documentos y rituales secretos que aparecen en esa novela son

veraces.” Tal como ha venido demostrando la crítica a la novela, desde un punto de vista factual son muchas las invenciones sin fundamento, así como los errores e imprecisiones que el autor comete ¹. Como dice Coale: “Brown manipula la historia al igual que otros han hecho antes que él... Así la novela de de Brown es una representación ficcional de una ficción de una conspiración “real” con unos secretos ocultos tanto en la pintura de Da Vinci de *La última Cena* así como en otras partes” (Coale, 2005: 34–35). En este sentido la novela parece más bien un “meta-complot” contra el cristianismo.

El santo Grial como objeto de ilación trans-histórica

Dan Brown busca posicionarse en la tradición narrativa de la búsqueda del Santo Grial a través de esta novela, pero transforma dicho objeto, la copa, en algo trans-histórico, es decir en todas aquellas personas que hubieran llevado la sangre de Cristo a lo largo de la historia. La primera persona habría sido María Magdalena en cuanto madre de una supuesta hija de Jesucristo, por eso pone tanto énfasis en la descripción iconográfica de *La última cena*. Según su versión el apóstol San Juan, que aparece pintado con rasgos afeminados, en realidad es María Magdalena, que estaría casada con Jesús, y que se encontraría ahora a la espera de un hijo. Éste sería la verdadera sangre de Jesús, y María Magdalena el cáliz que la contenía, idea que estaría oculta en forma de código. Por eso el espacio entre Jesús y la Magdalena tiene forma de “V,” es decir, de forma de un cáliz, cuya base, a su vez, estaría apuntando directamente al vientre de María Magdalena. Consiguientemente, el icono trans-histórico del Santo Grial no sería un objeto, sino una persona: María Magdalena. Ciertamente esta redefinición de las cosas representa un salto cualitativo en la tradición del Santo Grial, así el objeto trans-histórico no se conserva sino que se auto-reproduce en los nuevos descendientes hasta Jacques Saunière y su nieta, Sophie Neveu. Por otro lado, vemos que hay otro “objeto vehicular” importante y ancilar del “objeto central,” pues su función es sólo la de llegar a éste. Se trata del “crítex cilíndrico” diseñado por Leonardo, para transportar documentos con seguridad, ya que si se abriera por la fuerza, el documento se autodestruiría. El primer criptex, contenido en una caja de palisandro, es descifrado por Langdon a bordo del avión que va a Inglaterra gracias al erudito historiador y gran conocedor del tema del Grial, *Sir Leigh Teabing*. Posteriormente descubrirá la clave del segundo de los criptex, encontrado dentro del primero. En otras palabras, estos objetos, contienen una “vida propia,” cuya naturaleza se debe descifrar antes de que entreguen su secreto. Como ya hemos sugerido, la complejidad de causas dudosas y consecuencias, restan validez al “macro-complot,” quedándose al borde de lo que Introvigne considera el “falso macro-complot.”

Un “falso macro-complot” en *Conspiración Maine* (2006)

Sí es mucho más acertado incluir en el grupo del “falso macro-complot” a la novela histórica *Conspiración Maine* del escritor Mario Escobar Golderos, que dedica casi 400 páginas a narrar, mezclando historia y ficción, una serie de episodios que ocurren en ambas riberas del Atlántico (Madrid, Washington, La Habana, etc.), a lo largo de cincuenta días, entre el 12 de febrero de 1898 y el 30 de marzo del mismo año. La novela intenta arrojar luz a ese episodio todavía por resolver de quién fue el autor material e intelectual de la voladura del Maine, que sirvió como pretexto a los EEUU para iniciar su guerra contra

España, que acabó con la ocupación de Cuba, y después de las Filipinas; objetivos éstos, a los que estaba decidido el gobierno americano desde hacía tiempo: expandirse por el Pacífico, y unir el Atlántico y el Pacífico a través del canal de Panamá, acción que ocurrió pocos años después. Los gobiernos español y norteamericano, sabedores de la importancia que suponía aclarar la autoría del atentado crearon sus propias comisiones de investigación. No obstante, y en esto consiste la ficción de la novela, un agente secreto de la Armada española, Hércules Guzmán Fox y otro del Servicio Presidencial de la Casa Blanca, George Lincoln, inician una investigación conjunta extraoficial para descubrir quién estaba detrás del sabotaje para ver si todavía era posible evitar la guerra.

Las teorías de la explosión apuntaban a diversas posibilidades: (a) un accidente, (b) la complicidad de la Armada de los EEUU para crear una excusa que desatara la guerra, (c) diversas personas inducidas por españoles, (d) los revolucionarios cubanos (mambises) para implicar a los EEUU en echar a los españoles de Cuba, y, como novedad aportada por la novela, (e) los Caballeros de Colón. Aunque esta última posibilidad sea ficticia (especificada así por el autor al final del libro), sirve al autor para dar sentido a su narrativa “macro-conspiratoria” que se remonta a los tiempos de Constantino, lo cual nos indica claramente que en muchos aspectos es una novela deudora del *CDV*. Esta es la parte en la que más nos fijaremos ya que es la que encaja mejor en la definición del “macro-complot.” Veámosla.

Considerando el argumento de esta historia en un sentido lineal, tendríamos tres momentos. El primero empieza cuando Constantino a su muerte habría legado a la Iglesia un fabuloso tesoro, la llamada Donación de Constantino (pp. 242–248), de la que se ha discutido mucho si existió o no. Así y gracias a dicho tesoro, los papas salvaron varias veces Roma de catástrofes, por ejemplo, parte de ese tesoro habría servido para comprar la paz de Atila en el año 452. Tres siglos después, en el año 778, la corte pontificia se vió rodeada de enemigos: por un lado los lombardos, que querían destruir el poder del Papa, y por otro Carlomagno, que cada vez tenía más hegemonía en Europa, y deseaba convertirse en emperador romano. Para frenar a Carlomagno el Papa Adriano le presentó un documento de validez discutible, la *Constitutum Constantini*, para demostrarle que Constantino había dado el poder imperial a la Iglesia a través del Papa Silvestre, así como su propio palacio en el que se construyó después San Juan de Letrán, pero sin mencionarle a Carlomagno nada del tesoro que allí se guardaba y que habría sido incluido en la donación. El siglo X volvió a ser un momento de apuros para el papa. El emperador germano Otón III habría llegado a tener conocimiento del tesoro, y a la vez tenía ambiciones sobre Italia. Además musulmanes y normandos ofrecían serias amenazas a la ciudad. Quien en realidad estaba custodiando el tesoro era la familia de los Crescencio, que habiendo hecho presión sobre el papa Juan XV, consiguió que éste abandonara Roma, por lo que el papa se fue a ver a Otón III para pedirle protección, a la vez que le acabaría revelando el secreto de la Donación de Constantino. Otón se dirigió a Roma para ocuparla ahora con más interés, nombrando en el camino papa a un alemán, Gregorio V. Los Crescencio, temiendo por el tesoro lo ocultaron. A partir de aquí se sucede una complicada serie de intrigas entre los dos papas, el emperador alemán (que había sido nombrado a su vez emperador de Roma por Gregorio V), los patricios de la ciudad, etc. Lo importante es que el nuevo vástago de los Crescencios, teniendo noticias de que los vikingos habían llegado a una tierra

desconocida en la otra parte del Atlántico, habría entregado dicho tesoro a la princesa vikinga Gudrid, para que se lo llevara a América.

La ocasión la habría propiciado el hecho de que ésta se encontraba en Roma de peregrinación, allá por el año 1011, tras la muerte de su marido Thorffinn, el descubridor de América. Gudrid escribió un pormenorizado diario narrando su viaje a América para poner a salvo el tesoro de Constantino (pp. 269–273, 325–326). En él describió la localización de la montaña y de la gruta en que fue depositado, así como otras consideraciones, para cuando la Iglesia tuviera de nuevo necesidad de recuperarlo. Ese diario, completado con diversas reflexiones espirituales y debidamente encuadrado fue llamado posteriormente el *Libro de San Francisco*, ya que la conversión que tuvo San Francisco de Asís habría venido motivada por la lectura de dicho manuscrito. En éste se revelaban grandes misterios y un secreto (p. 176). Entre los que pasaron a conocer dicho libro se encontraba también Raimundo Lulio, pues fue iniciado en él cuando visitó Asís; pero éste, debido a su carácter enérgico, se marchó de esta ciudad italiana llevándose el libro con él. Esto le atrajo el odio de los demás franciscanos que le consideraron un rebelde, y querían que terminara en la hoguera. Lulio filtró parte de sus conocimientos acerca de la existencia de América en su libro *Cuestiones per artem demonstrativan solubiles*, doscientos años antes del viaje de Colón. Finalmente, los franciscanos recuperaron el libro esperando a que “el hombre de la Providencia, el portador de Cristo, *Cristóforo*, apareciera y recuperara (el tesoro) para la Iglesia” (p. 248), lo cual nos lleva al segundo periodo ambientado en la época de Cristóbal Colón.

En 1476, los franciscanos empezaron a preparar a un joven monje, Pietro Colón, para la arriesgada misión de ir a América, pues consideraban que la Iglesia estaba en peligro, “los Colonna, los Orsini y sobre todo, la familia Della Rovere, dominaban la Iglesia... Los padres franciscanos llevaban dos siglos intentando reformar la Iglesia, pero sus intentos habían sido inútiles” (p. 268). Finalmente, y llegado el año 1484 entregaron el libro a Colón en la Rábida, con la misión de llegar hasta el tesoro. Colón llegó a América, pero los dos monjes que le acompañaron murieron como castigados por Dios en la gruta en que estaba depositado, a la vez que Colón pudo escapar de milagro (pp. 314, 328–329). Una vez llegado Colón a Barcelona, los franciscanos concluyeron que se había cometido un error adelantando la fecha. Por ello le pidieron a Colón que siguiera ocultando su situación de fraile, y que no dijera nada al respecto, ya que en esos momentos la iglesia estaba gobernada por un papa intrigante, que había repartido América entre los reinos cristianos, y que, caso de que descubrieran el tesoro, “sólo aumentaría el poder del mal” (p. 376). El conocimiento del tesoro de Constantino quedó pendiente solamente de dicho *Libro de San Francisco*, depositado en el convento de los franciscanos de Santo Domingo.

La tercera parte de la historia se traslada al mundo contemporáneo, el momento de la voladura del Maine. Así pues, poco antes de ese acontecimiento el libro había caído en manos de Antonio de Gordon y Acosta, “el hombre más erudito del Caribe,” a partir del cual habría publicado algún artículo señalando algunos aspectos de su contenido, como el tesoro. Por esas razones, se puso en contacto con él el vicerrector de la Universidad Católica de Washington, explicándole que la organización de los Caballeros de Colón² quería crear un cátedra de historia de América en su universidad, motivo por el que deseaba comprar las fuentes documentales que Gordon había utilizado en sus artículos (p. 146). Creían que

era llegado el momento de usar del Tesoro de Constantino, pues la Iglesia estaba desmoronándose “a los pies de comunistas, anarquistas, evolucionistas y masones,” y hacía falta socorrer a “un ejército de caballeros que se extiende por todo el mundo. Más de cincuenta mil se entrenan en los Estados Unidos y dentro de poco seremos millones” (p. 253). De hecho, los agentes Hércules y Lincoln llegan a sospechar que los Caballeros de Colón podrían estar detrás de la voladura del Maine, y efectivamente descubren que dichos caballeros habían colaborado en la financiación de la explosión, aunque de momento sin saber por qué motivos (p. 307). Al final de la novela, la historia inicial del sabotaje del Maine vuelve a ser la principal protagonista de la narración. Aquí la conspiración presenta la lógica de la típica estructura piramidal, en que la organización es secreta y jerárquica, siendo el conocimiento entre los miembros mayor en la cúspide que en la base. En ésta los miembros son simples “peones” o “gente embaucada” que puede ser fácilmente manipulada. En el centro de la pirámide se mueven los “intermediarios,” cuya función es la de conectar la cúspide con la base. Están bien informados y aspiran a escalar puestos en la jerarquía. En la cúspide se encuentra “la élite,” que es la que tiene claro su objetivo final, que en última instancia no es otro que el de obtener más poder.

La solución del autor a la autoría del sabotaje es que el periodista americano Hearst, a las órdenes de un grupo con intereses en Cuba y de la Agencia de Inteligencia Naval americana, habría organizado la voladura, de modo que los oficiales, incluido el propio capitán del barco, estuvieran fuera del mismo durante la explosión. Pero para hacerla verosímil, se sustituyeron los marineros por mendigos. El capitán del Maine, Sigsbee, volvió justo después, de manera que pasó desapercibida su ausencia, y para defender su honor, mantuvo que nunca se había ausentado del barco, lo cual dificultó las investigaciones. El interés de los Caballeros de Colón en contribuir a la financiación de la explosión se debía a que de ese modo la Armada americana estaría en el sur de los EEUU, y, de hecho, en Florida ya estaban dos tercios de las tropas americanas, lo que dejaba Washington a la merced de sus 50.000 voluntarios. A su vez, el capitán Marix, un miembro destacado de los Caballeros de Colón, había logrado formar parte de la Comisión, con la finalidad de que las conclusiones facilitaran la guerra. Aunque todo fue descubierto por Hércules y Lincoln, que lograron avisar a Roosevelt, e incluso se entrevistaron con el presidente McKinley, la suerte estaba echada. Sólo les cupo el sosiego del deber cumplido, y el de que Marix fuese aniquilado por traidor, y que se neutralizara a los Caballeros de Colón, que desde entonces cambiaron sus propósitos radicales por otros humanitarios. Aquí Marix aparece también dentro de la lógica de los mecanismos que mueven la conspiración, el de la existencia del “agente doble” o “agente provocador” que distorsiona los movimientos de la estructura piramidal.

El papel del Tesoro de Constantino como ilación de la “macro-conspiración”

La novela probablemente habría ganado en interés eliminado la trama trans-histórica. Sin embargo, ésta es la que facilita la entrada en escena de los Caballeros de Colón como una de las partes de la conspiración, aunque no la más necesaria. Da la impresión de que esta novela se concibió alrededor del centenario del Maine, y se le superpuso la exitosa trama trans-histórica del *Código Da Vinci*. En realidad muchas son las similitudes narrativas o los paralelismos en ambas obras, que podemos sintetizar en el siguiente cuadro:

Papel de Constantino: inicia la ocultación de una verdad (la doble divinidad, masculina y femenina), modelando con ello a la Iglesia.	Papel de Constantino: otorga a la Iglesia la paz y recursos suficientes para afrontar su futuro.
Descendencia de Jesús / Santo Grial (objeto conductor de la narración trans-histórica)	Tesoro de Constantino (objeto e hilo conductor de la narración trans-histórica)
María Magdalena (lleva la 'descendencia / sangre de Cristo' a Francia, para preservarla)	Princesa Gudrid (lleva el tesoro a América para protegerlo)
Los Templarios (unos de los conocedores del secreto)	La familia de los Crescencio (administradores del tesoro)
Priorato de Sión (transmisores del secreto)	Los franciscanos (transmisores del secreto de en donde se hallaba guardado el tesoro)
Leonardo Da Vinci (Maestre del Priorato de Sión, conocedor del secreto)	Raimundo Lulio (Franciscano y conocedor del tesoro)
<i>La última cena</i> (Allí Leonardo ofrece pistas sobre la descendencia de Jesús)	<i>Cuestiones per arten demonstrativan solubiles</i> (en donde Lulio ofrece pistas sobre América)
El criptex (dispositivo para transportar mensajes con seguridad y llegar hasta el S.G.)	Libro de San Francisco (contiene las claves para llegar al tesoro)
Opus Dei (pretenden mantener en tiempos modernos el secreto para salvar a la Iglesia)	Los Caballeros de Colón (pretenden usar el tesoro en la actualidad para salvar a la Iglesia)
Jacques Saunière (Maestre del Priorato de Sión que aparece muerto al principio)	Juan Santiago (hombre poseedor de información que aparece muerto al principio)
Robert Langdon (experto en símbolos y principal investigador)	Hércules / (Lincoln) agentes secretos y principales investigadores
Sophie Neveu (francesa, ayuda en la investigación de Langdon)	Helen (americana, ayuda en la investigación de Hércules y Lincoln)
Sir Leigh Teabing (ofrece conocimientos eruditos necesarios para la investigación)	Profesor Gordon (ofrece todo el conocimiento erudito necesario para la investigación)
Bezu Fache (policía de París que entorpece la investigación)	Marix (Caballero de Colón que contribuye a financiar el sabotaje) y otros.
Multilocación de la acción contemporánea: París, Amsterdam, Londres, Sevilla, ...	Multilocación de la acción contemporánea: Washington, Madrid, La Habana, ...
Pirámide de cristal del Museo del Louvre (lugar en que se habría enterrado, y seguiría estando enterrada, María Magdalena)	Cueva de la Montaña del Yunque (lugar en que se guardó, y en donde debería seguir oculto, el tesoro de Constantino)
Si todo fuera verdad: habría que reescribir la historia de la Iglesia.	Si todo fuera verdad: habría que reescribir la historia del Descubrimiento de América.

Este cuadro nos ayuda a ver que los objetos que sirven de enlace en las tramas responden a dos tipos especiales: el “objeto-destino” en la narración trans-histórica y el “objeto-vehículo,” también trans-histórico, pero de uso contemporáneo. En el caso del *CDV* el “objeto-destino” es llegar al Santo Grial, que se revelará como la descendencia de Jesucristo, mientras que en *Conspiración Maine*, es el Tesoro de Constantino. En el caso del “objeto-vehículo” tenemos que para *CDV* es el *criptex*, que sólo puede descifrar *Sir Leigh Teabing*, mientras que en *CM*, se trata del *Libro de San Francisco*, que también es sólo conocido e interpretado por un erudito, Gordon. En *CM* aparece primero el objeto vehicular del *Libro de San Francisco* (p. 173), del que poco a poco se va revelando su contenido, primero de gran valor espiritual, pues convirtió a San Francisco, a la vez que se dice que guarda un secreto, que no explica de momento, y que podría ofrecer también un valor material que podría cambiar el futuro, pero que tampoco se especifica de momento (p. 186). Es decir, está asociado a un misterio doble, el que se trata de descubrir, y el que está asociado a su utilización. Más adelante, Gordon va iniciando a Hércules en su conocimiento, tras decirle cómo llegó a tener noticia del tesoro (p. 242), aprovechando un momento en que estaba a solas con él. Pero, en realidad, la transmisión del secreto también llega a alguien inesperado (lo cual suele ser parte constitutiva de la revelación de secretos), en este caso llega a un tal Hernán, la persona que les alojaba en su casa, y que había oído toda la conversación iniciadora subrepticamente.

Los objetos tanto “vehiculares,” como “finalistas” siempre parecen tener vida propia, pues pasan de unas manos a otras, no sólo por la acción de los sujetos, sino incluso, parecería ser, por voluntad del propio objeto. Así, aunque los Caballeros de Colón lograron arrebatar a Gordon el *Libro de San Francisco*, el tesoro pudo zafarse de sus manos, pues Gordon aún logró transmitir a Hércules que el tesoro se encontraba en “Baracoa, cerca de una montaña muy próxima al mar, en la playa de la Higuera, en la montaña Yunque” (p. 301). Finalmente, se llega a la presencia del “objeto-destino,” que siempre tendrá un carácter fatídico. Los monjes que acompañaron a Colón murieron al acercarse a él, los caballeros de Colón que se han anticipado a Hércules y Lincoln también murieron, pero no estos dos agentes, ya que, instruidos por Gordon, llegaron a conocer las normas que había que respetar en su aproximación al tesoro. Así dieron con dos cofres llenos de oro y piedras preciosas, y con otros objetos de los que sólo tomaron un cáliz y un bastón, que Gordon identificó después como la Copa y el Cetro de Constantino. Lo que hace trascendente tanto al *CDV* como a *CM* es que, aunque el secreto se desvela y el tesoro se descubre, ambos aún siguen ahí, en algún sitio, sin que hayan podido alterar el curso de la historia, tal como preconizaban.

El Señor de los Anillos como “complot-metafísico”

La trama que encontramos en la famosa obra de Tolkien *El señor de los anillos* podríamos considerarla como una “conspiración metafísica” en la clasificación de Massimo Introvigne. De alguna manera trata de concitar la visión milenarista de la vida, en la que la II Guerra Mundial podría evocar la gran catástrofe apocalíptica, la ira de Dios, antes de

la llegada del segundo milenio ³. Por ello, y como sugiere Barkun, parece que las fuerzas del mal, felizmente, tienen menos poder en los periodos milenaristas. Iniciemos una presentación general de esta extensa obra de Tolkien a partir de *El Silmarillion*, para poder mejor situar los diversos objetos que juegan un papel conductor de la trama conspiratoria, en particular el Anillo del Poder, que no sin razón se articulan a lo largo de tres edades, como si fueran tres periodos milenaristas.

El Silmarillion ofrece una cosmovisión general del mundo de Tolkien, ambientado en la barbarie pagana de la Primera y la Segunda Edad, periodos que preceden a las aventuras narradas en *El señor de los anillos*, que ocurren a lo largo de la Tercera Edad, dominada por una moral caballerescas.⁴ Tolkien cuenta en el *Silmarillion* que, en la Segunda Edad, los herreros de Ost-in-Edhil forjaron los Anillos del Poder para los Elfos, trabajo que era controlado por Saurón, pero éste encargó secretamente uno más poderoso que pudiera controlar a todos los demás, el Anillo Único, que fue fundido en la Montaña de Fuego, situada en la Tierra de la Sombra, o reino de Mordor. Luego “Saurón recogió todos los Anillos del Poder y los repartió entre los pueblos de la Tierra Media, con la esperanza de tener así sometidos a todos los que desearan contar con un poder secreto” (*SA*, p. 337). Entregó tres a los elfos, nueve a los hombres y siete a los enanos. Los anillos permitieron a los enanos y a los hombres que los poseían acumular más riquezas y poder, que a la larga se volvían en contra de sus poseedores, pues éstos quedaban atrapados en las ilusiones a las que Saurón les sometía. Entonces Saurón volvió su mirada a algunos habitantes de Númenor en el exilio, que todavía escapaban a su control, en particular el rey Elendil y sus hijos Isildur y Anarion, que fundaron los reinos de Gondor y Arnor. Estos hombres aliados con Elfos libraron una gran batalla contra Saurón, que tuvo lugar en la Llanura de la Batalla. Éste iba venciendo, pero en el último momento, Isildur, utilizando su espada rota Narsil, cortó la mano a Saurón. Éste perdió el anillo y su fuerza, con lo que su espíritu se separó de su cuerpo, y “huyó a espacios distantes... y durante largos años no volvió a tener forma visible” (*Sil.*, p. 344). Concluyeron así los años de la Segunda Edad.

Ya en la Tercera Edad vemos a Isildur que aunque debería haber destruido el Anillo, quedó seducido por él y prefirió conservarlo en compensación por la muerte de su padre y hermano. Pasó así a ser su segundo poseedor. Tiempo después, cuando los orcos le perseguían, logró escapar de sus miradas gracias al Anillo, pero no de su olfato, por lo que no tuvo más remedio que zambullirse en un río. Allí el anillo se deslizó de su mano, cayó al fondo, fue arrastrado por la corriente, y permaneció muchos años desaparecido. A su vez, “Narsil llegó a manos del heredero de Isildur..., pero Elrond no volvería a forjarla mientras no se reencontrara el Anillo, o Saurón no volviera. Condiciones que tanto elfos como hombres esperaban que no se dieran nunca” (*Sil.*, p. 345). Con el tiempo la alianza entre hombres y elfos se fue relajando, y se dejó de vigilar la frontera con Mordor. Tras la derrota de Saurón, los tres anillos élficos continuaron actuando, propiciando beneficios a sus poseedores, de manera que “la belleza y beatitud de los elfos permanecieron intactas” (*Sil.*, p. 349). A su vez los siete de los enanos y los nueve de los hombres desaparecieron, y el Anillo único también se dio por perdido. Por entonces, entre el grupo de los sabios, Saruman fue elegido jefe, pero “se fue hinchando de orgullo, y se puso a estudiar la ciencia de los Anillos del Poder, cómo habían sido hechos y qué les había ocurrido” (*Sil.*, p. 351).

En el concilio de sabios quedó claro que si el Anillo volvía a encontrarse habría una nueva guerra, que pondría fin a esta tercera edad. Los sabios se perturbaron y no acertaron a entender que Saruman abrigaba deseos de encontrarlo para doblegar al mundo a su voluntad. En otro concilio posterior, convocado para analizar el creciente poder de Saurón. Uno de los sabios, Mithrandir (luego llamado Gandalf), señaló: “El poder de los elfos y de los amigos de los elfos es menor de lo que fue. Saurón será pronto demasiado fuerte para nosotros, aun sin el Gran Anillo; porque gobierna los Nueve, y de los Siete ya ha recuperado tres. Tenemos que atacar” (*Sil.*, p. 353). Éstos atacaron con éxito, pero lo único que consiguieron fue demorar la gran batalla final. El fin de esta Tercera Edad se narra a lo largo de toda la novela de *El señor de los anillos*. El Anillo fue reencontrado por un hobbit pescador, quien lo ocultó en el fondo de las montañas, donde nadie pudiera verlo. Fue su tercer poseedor durante 500 años, pero el anillo le transformó en un ser misterioso y repugnante al que todos llamaban Gollum. El cuarto poseedor fue un hobbit viajero, Bilbo Bolson, que lo encontró por casualidad mientras atravesaba la cueva en la que estaba escondido, huyendo de un ataque de orcos. Pronto la noticia del descubrimiento del Anillo empezó a conocerse, pero el peligro acabó dispándose porque, según el resumen que Tolkien hace de las mil páginas de los libros segundo y tercero: “Frodo el Mediano portó la carga a pedido de Mithrandir (Gandalf), y con un solo sirviente (Sam) atravesó peligros y oscuridad, y, a pesar de Saurón, llegó por último al Monte del Destino; y allí arrojó el Gran Anillo de Poder al Fuego en que había sido forjado, y así por fin fue deshecho, y el mal que tenía se consumió” (*Sil.*, p. 355). En consecuencia, el Mal fue derrotado por completo, y Aragorn fue coronado rey de Gondor y Arnor, y el Árbol Blanco floreció otra vez. Acabando así la Tercera Edad.

El Anillo como objeto de ilación de la conspiración

En esta narración, que representa la conspiración del Mal contra el Bien, se desarrolla en un periodo extensísimo, que necesita la figura de un hilo conductor, el Anillo. Éste fue fundido y creado con poderes malignos y vida propia, “que actuaba inmediatamente sobre su dueño” (*SA*, 73). Esta particularidad es la que diferencia este objeto de los que hemos visto en las novelas anteriores, por eso su posesión no resuelve nada, sino incluso crea problemas ⁵. Sólo la encarnación del mal, Saurón, desea su posesión. Por otro lado, el último poseedor, el hobbit Frodo Bolson, es aconsejado por la encarnación del bien, el mago Gandalf, que anule su fuerza maléfica, para lo cual sólo cabe llevar a cabo su destrucción, y el único camino para ello es introducirlo de nuevo en la Montaña de Fuego. Y aunque, como Foster señala, “sólo los muy sabios como Gandalf, Galadriel y Aragorn, o los muy simples, como Sam o Tom Bombadil podían resitir la tentación del Anillo” (Foster, 1999: 24), Gandalf no quiso correr con esa responsabilidad. Éste fue, pues, el sino de Frodo, llegar a la montaña del país de Mordor, regentado por Saurón, que no cejaba en su empeño de hacerse con él. Se comprende que Gandalf no quisiera tenerlo nunca, ni acercarse a él para evitar experimentar las sensaciones de Sam, el hobbit que acompañó a Frodo hasta el final, cuando “en los abismos del tiempo, el poder del Anillo aumentaba, y se volvía cada vez más maligno e indomable excepto para alguien de una voluntad muy poderosa” (*SA*, 764). De hecho, cuando el Anillo venció definitivamente al propio Frodo en su hora decisiva, éste dijo: “He llegado. Pero ahora he decidido no hacer lo que he venido a hacer. No lo haré. ¡El Anillo es mío! Y de pronto se puso el anillo y desapareció

de la vista de Sam” (*SA*, 803). Pero ahora fue Sam quien obligó a entrar en razón a su señor, y peleó con él hasta que el Anillo cayó definitivamente en el cráter de fuego del Monte del Destino. El final de la historia sentenciado por Gandalf —“¡El reino de Saurón ha sucumbido! El portador del Anillo ha cumplido la Misión” (*SA*, 806)— nos muestra una vez más que los “objetos de ilación” son finalistas, con una misión que cumplir.

Narrativamente hablando, el Anillo de la novela de Tolkien logra captar un “interés metafísico,” mientras que en otros casos en los que se ha pretendido algo semejante, como en la novela *Matrix*, aunque también ha habido una gran intuición, la de lucha de los hombres contra las máquinas, concebida con una gran complejidad futurística, el aspecto narrativo de su versión cinematográfica ha deteriorado el producto, pues “la sustancia se ha reducido a un pastiche posmoderno, en el que se celebra la presentación de cuerpos escultóricos y la violencia de ballet, produciendo una serie de caracteres enmascarados y sin emoción, confinados en el mundo estéril del video-juego” (Coale, 2005: 18–19).

Conclusión

Los estudios iniciales de la “teoría de conspiración” pusieron más énfasis en el análisis de los creadores de la conspiración, de los implementadores, de la estructura y dinámica de la atribución de la conspiración, así como del funcionamiento de la masa receptora y de los liderazgos, a través de estudios de psicología social (Graumann, 1987: 245–251). Pero, como decía Smith, “mientras que la teoría conspirativa de los años setenta tendía a creer que la maquinaciones podían llegar a ser conocidas, la de la época reciente está más preocupada por la dificultad del conocimiento” (Smith, 2001: 156), y, efectivamente, es algo que hemos podido ver a lo largo de estas páginas. Por ejemplo, es sorprendente cómo la novela *CF* (publicada poco antes de los atentados del 11-S) tiene un argumento similar en muchos aspectos a las teorías conspirativas que salieron en torno a la masacre del 11-M, mostrando elementos estructurales afines a los “micro-complots,” que en lo sustancial se reducen a un sabotaje que se resuelve siguiendo los esquemas de los años setenta.

En nuestro trabajo, antes de abordar el concepto del “objeto de ilación,” hemos puesto de manifiesto que la construcción de la narración es diferente en los “micro-complots” y en los “macro-complots” (que suele incluir un “micro-complot” final y contemporáneo, corolario del “macro-complot”). El siguiente cuadro esquemático comparando el “micro-complot” de *CF* con el “micro-complot” en *CM*, nos permite ver los elementos del “micro-complot” (columna de la izquierda).

A su vez, cuando analizamos los “macro-complots” la atención se centra en los elementos trans-históricos, tanto iconos, como descodificadores de los mismos (libros, pinturas, etc.). Para ello hemos desarrollado el concepto de “icono de ilación,” que podría dividirse en dos tipos: (1) el trans-histórico, de ilación o finalista; y (2) el instrumental, que abre la puerta final a los trans-históricos, y que suele tener forma escrita, por ejemplo un libro, un documento, un diario, etc., o forma material como el “criptex.” Además siempre se necesita de un experto (Leigh, Gordon, Gandalf) que interprete el sentido final del objeto trans-histórico, o que sea capaz de descodificar los objetos instrumentales. Éstos son los elementos que soportan la narración en su proceso trans-histórico, llevándola a la conclusión final.

Elementos del “micro-complot”

	<i>Conspiración en Filipinas (CF)</i>	<i>Conspiración Maine (CM)</i>
1. Dificultad en conocer el arma del delito	Pólvora adulterada <i>vs</i> sin adulterar	Explosión interior <i>vs</i> Explosión exterior
2. Disyuntiva de autores	Sangleys <i>vs</i> otros (tagalos)	Espanoles <i>vs</i> Americanos
3. Elementos infiltrados o deshonestos	Sangleyes	Capitán del Maine, Moratalla
4. Investigación veraz al margen del poder	Soler	Hércules y Lincoln
5. Tesis política <i>vs</i> Tesis real	Rebelión sangley <i>vs</i> venganza	Tesis de Roosevelt <i>vs</i> Tesis de Hércules
6. Muertes misteriosas	Decapitados de Manila	
7. Objetivo final oculto	Expulsar españoles de Filipinas	Expulsar españoles de Cuba

Elementos del “macro-complot”

	<i>Código Da Vinci (CDV)</i>	<i>Conspiración Maine (CM)</i>	<i>Señor de los Anillos (SA)</i>
verdad primigenia	Constantino inicia la ocultación de la doble divinidad	Constantino otorga a la Iglesia recursos para afrontar su futuro.	Fundición de los anillos
objetos trans-históricos	“Descendencia” de Jesús	Tesoro de Constantino	El Anillo Único
objetos instrumentales	El criptex María Magdalena (lleva la ‘descendencia / sangre de Cristo’ a Francia, para preservarla) La última cena (allí Leonardo ofrece pistas sobre la descendencia de Jesús)	Libro de San Francisco Princesa Gudrid (lleva el tesoro a América para protegerlo)	Concilio de Elrond Galadriel Libros sagrados
transmisores conocedores	Priorato de Sión Los Templarios	los franciscanos Crescencio	portadores del anillo Gandalf

Ciertamente, los objetos o iconos instrumentales dentro del “macro-complot” son algo que ya había quedado descrito por Svetlana Boym, cuando al hablar de la literatura de conspiración señalaba que los textos que se consideran sagrados son leídos como la revelación de una profecía que invita al encantamiento, no a la interpretación crítica” (Boym, 1999: 99). Y, aunque Groh sugiere que en la era moderna las síntesis sociales son provistas por el mercado y que la historia ha dejado de ser maestra de la vida (Groh, 1987: 12), creemos no obstante que las hipótesis, o las teorías conspirativas sobre hechos reales, pueden de hecho resolverse a través de la investigación judicial o histórica; o, como dice Keeley en palabras más resignadas, “el estudio de las teorías de conspiración, incluso las más increíbles, es útil al menos porque nos obliga a distinguir claramente las buenas y las malas explicaciones” (Keeley, 2006: 60). En cualquier caso, en el terreno de la narración, los objetos trans-históricos (o los instrumentales en su caso) son los que mejor permiten poner orden en el análisis de cualquier conspiración.

Notas

¹ Entre algunos críticos cabe señalar: Amy Wellborn, *De-Coding Da Vinci: The Facts Behind the Fiction of The Da Vinci Code*, 2004; Carl E. Olson, Sandra Miesel, *The Da Vinci Hoax*, 2004.

² En la novela aparece descrita como una especie de “ejército de Cristo” fundado a mediados del siglo XIX, que rápidamente se extendió por Norteamérica. Sus miembros serían grandes admiradores de Colón por haber traído el cristianismo al Nuevo Mundo, pero a los que se les acabó tachando de antipatriotas y conspiradores.

³ “Tolkien se burlaba con razón de quienes quisieran encontrar lecturas alegóricas en su obra. Pero la ausencia de alegoría no significa falta de relevancia... identificar a Saurón con Hitler y el Anillo con la bomba atómica es reducir una obra significativa a la trivialidad.” Swanwick, “El regreso...,” p. 55.

⁴ Si bien *El Silmarillion* fue un libro publicado posteriormente a la trilogía de *El señor de los anillos*, el hijo del Tolkien, recopilador y editor del libro, nos dice en la introducción que, en 1917 *El Silmarillion* ya estaba escrito en sus líneas generales, y, de hecho, el último capítulo de este libro que lleva por título: “De los Anillos del Poder y la Tercera Edad” (pp. 330–356) ofrece una explicación global de la historia de los anillos coherente con los libros posteriores.

⁵ Esto mismo también puede registrarse en el tesoro de *Conspiración Maine*, pues tanto los frailes que acompañaban a Colón, como los Caballeros de Colón, por no respetar claramente las indicaciones del *Libro de San Francisco* fueron poeídos por el tesoro y muertos. Muy probablemente, esta situación está tomada de manera metaliteraria de *El Señor de los Anillos*, libro del que se podrían ver otras influencias.

Bibliografía

- Barkun, Michael (2003). *A Culture of Conspiracy: Apocalyptic visions in Contemporary America*, University of California Press.
- Boym, Svetlana (1999). “Conspiracy theories and literary ethics: Umberto Eco, Danilo Kis and The Protocols of Zion,” en *Comparative literature*, 51: 96–127.
- Brown, Dan (2003). *El código Da Vinci*, Umbriel, Barcelona.
- Carpenter, Humphrey (1990). *J.R.R. Tolkien: una biografía*, Minotauro, Barcelona.
- Castagno, Paola; Jesús Pedraza; Juan M. Villa (2004). *J.R.R. Tolkien. Preguntas frecuentes (y no tan frecuentes)*, Minotauro, Barcelona.
- Castillón, Juan Carlos (2006). *Amos del mundo. Historia de las conspiraciones*, Debate, Barcelona.
- Coale, Samuel Chase (2005). *Paradigms of paranoia. The culture of conspiracy in contemporary American fiction*, University of Alabama Press.
- Coady, David (ed.) (2006). *Conspiracy theories. The philosophical debate*, Aldershot, Hampshire.
- Escobar Golderos, Mario (2006). *Conspiración Maine*, Nowtilus, Madrid.

- Feist, Raymond E (2003). "Nuestro abuelo. Reflexiones sobre J. R. R. Tolkien," en *La Tierra Media. Reflexiones y comentarios*, Minotauro.
- Foster, Robert (1999). *Guía completa de la Tierra Media*, Minotauro, Barcelona.
- Gómez, Teodoro (2001). *El lector de John R. R. Tolkien*, Océano, Barcelona.
- Graumann, Carl F. & Moscovici, Serge (eds.) (1987). *Changing conceptions of conspiracy*. Springer-Verlag, New York.
- Groh, Dier (1987). "The temptation of Conspiracy Theory, or Why do Bad things Happen to Good People?," en *Changing Conceptions of Conspiracy*, Springer Verlag, New York.
- Grotta, Daniel (2002). *J. R. R. Tolkien. El arquitecto de la Tierra Media*, Ed. Andrés Bello, Barcelona.
- Introvigne, Massimo (2005). *Los Illuminati y el Priorato de Sión*, Rialp, Madrid.
- Keeley, Brian L. (2006). "Of Conspiracy Theories," en *Conspiracy theories. The philosophical debate*, Aldershot, Hampshire.
- Lozano Leyva, Manuel (2001). *Conspiración en Filipinas*, Salamandra, Barcelona.
- Parish, Jane & Parker Martin (ed.) (2001). *The age of anxiety. Conspiracy theory and the human sciences*, Oxford.
- Pigden, Charles (2006). "Popper Revisited, or What is Wrong with Conspiracy Theories?," en *Conspiracy theories. The philosophical debate*, Aldershot, Hampshire.
- Rampoldi, María Teresa (2003). *El Señor de los Mitos*, Círculo Latino, Barcelona.
- Swanwick, Michael (2003). "El regreso del hijo pródigo," en *La Tierra Media. Reflexiones y comentarios*, Minotauro.
- Shippey, T. A. (1999). *El camino de la tierra media*, Minotauro, Barcelona.
- Warren Smith (2001). "Conspiracy, corporate culture and criticism," en *The age of anxiety: Conspiracy Theory and the Human Sciences*, Blackwell Publishers, Oxford.
- Tolkien, J. R. R. (1984). *El Silmarillion*, Ed. Minotauro, Barcelona.
- . (2001). *El Señor de los Anillos*, Ed. Círculo de Lectores, Barcelona.